

naciones que ejecutan los cismáticos en este augusto lugar? ¡Oh Dios mio! En vez de poder abrigar esta esperanza, hay ahora la realidad, de que los cismáticos y mahometanos, serán confirmados en su posesion, y tendrán sus usurpaciones, un título aparente de legalidad. Se ha hecho últimamente un tratado entre la Francia, la Rusia y la Turquía, segun el cual, los tres gobiernos contribuirán para la reedificacion de la cúpula, que amenaza ruina. Al efecto, la Francia mandó dos arquitectos, que fueron nuestros compañeros de viaje, para que se comience la obra. El cónsul francés á quien fuimos á visitar, nos leyó la convencion hecha por los tres gobiernos, segun la cual, en esta reedificacion, se han de omitir todos los signos y emblemas, que repugnen á las creencias de los contratantes: de manera que en la gran cúpula del Templo, que encierra el lugar donde triunfó la Cruz, no se podrá poner este augusto signo de nuestra Redencion, porque esto repugnaria á las creencias de los mahometanos. Y las potencias cristianas, que contribuyen con su dinero y su inteligencia á esta grandiosa obra, no podrán coronarla con el árbol precioso donde se verificó nuestra Redencion. Y los turcos y cismáticos, orgullosos con el derecho que adquirirán despues de hecha la reedificacion, oprimirán con mas fuerza á los padres católicos, que con su sangre y su vida, han conservado estos santos lugares. Con mucho trabajo y sentimiento me vi precisado á salir del amable Templo del Santo Sepulero para nunca mas volver á verlo.

La noche la pasé casi toda en vela, porque cuando venia el sueño, presentábase el pensamiento de que era la última noche, que pasaba en Jerusalem, y esto bastaba para conmovirme y no dejarme dormir: en fin amaneció.

Domingo veintiseis de Octubre á las cuatro de la mañana, dije misa en la iglesia de San Salvador, y luego tratamos de alistarnos para marchar. Tuvimos el gusto que nuestro amigo el padre Luis, nos acompañara hasta Jafa. Nos despedimos del buen padre Guardian y de los demas padres, que se quedaron en Jerusalem, incluidos nuestros compañeros los dos belgas: y salimos por la puerta de Jafa para dirigirnos á este lugar. De cuando en cuando, volteaba

para mirar la ciudad y el Monte Olivete que la domina, y llegó por fin un momento en que desapareció de mi vista, dejándome la certidumbre, de que no volveré á ese pais, sino cuando Nuestro Señor Jesucristo con su tribunal formidable, aparezca en el Valle de Josafat. Entonces compareceré yo tambien entre las olas de gente, que formarán la reunion de las naciones, convocadas á juicio, ante el Supremo Juez de vivos y muertos. ¡Oh Dios mio! ¡que yo no tenga que llorar entonces haber malogrado las gracias tan singulares, los consuelos tan inefables que me haz proporcionado en esta peregrinacion! Despues de haber descansado y comido en un bosque de olivos que se encuentra en el camino, llegamos á Ramla á las cinco de la tarde. Entre los religiosos franciscanos que habitan este convento, hay un lego mexicano del Departamento de Michoacan, fray Pedro Núñez. Grandísimo gusto tuvimos con este hallazgo, pues un paisano en tierra extranjera, es siempre un amigo, un hermano. Fray Pedro es un hombre de carácter franco y jovial, y se creía delirando cuando le hablábamos en castellano con todas las voces y palabras que son propias de solo México. «Hacia tanto tiempo que no oía hablar así, nos decia, que me parece que estoy en mi país.» Como llegamos mas temprano que cuando veniamos de Jafa, tuvimos tiempo de ver el convento y de subir al terrado ó azotea para divisar desde allí toda la poblacion. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver esta azotea sombreada con una magnífica parra, que extiende sus frondosas ramas por toda ella! Admirado dije al padre que me acompañaba: «¿esta parra está plantada aquí arriba sobre la azotea?» Su respuesta fue llevarme á la orilla de dicho terrado, y enseñarme el tronco de la parra, que desde un jardin que está abajo sube hasta la azotea. Aquí se dobló mi admiracion al ver el grueso enorme de dicho tronco, que tenia sin exageracion alguna, media vara de diámetro. Al ver esto, ya no me causa admiracion lo que refiere la Santa Escritura de la fertilidad de la tierra prometida. Ya no me parece extraño que se hayan necesitado dos de los exploradores enviados por Moises, para cargar un solo racimo de uvas. Desde el terrado se divisa la poblacion de Ramla, miserable como todas las poblaciones de esta tierra: los minaretes ó torres de las mezquitas forman una bonita vista, y á la

hora en que nosotros la veíamos, que era al meterse el sol, los santones gritaban desde lo alto de dichos minaretes, invitando al pueblo á alabar al Profeta, como ellos dicen: lo mismo hacen en ciertas horas del día y de la noche. Da mucha lástima que tanto fervor y exactitud de los pobres mahometanos, para cumplir con sus deberes religiosos, no sea empleado en una causa mas digna, profesando la verdadera religion. Jamás un mahometano se avergüenza de cumplir los deberes que le impone su religion. En medio de una plaza pública, delante de extrangeros que podrán ridiculizar sus prácticas, el mahometano llegada la hora en que acostumbra hacer su oracion, no se detiene por nada: extiende un tapete ó cualquiera otra cosa en el suelo, se voltea mirando para la Meca, donde está el cuerpo de Mahoma, se postra en el suelo, luego se pone otra vez en pié y repite las mismas postraciones cierto número de veces. El Coran prohíbe á los mahometanos el uso del vino, y nosotros tuvimos ocasion de ver, con qué rigor observan este precepto, aun los mas infelices. En varias ocasiones que tuvimos necesidad de comer en el camino, los padres franciscanos tenian cuidado que lleváramos las provisiones necesarias, y entre estas iba siempre una cántara con vino. Cuando llegaba la hora de comer, dábamos su parte correspondiente á los múcaros ó mozos que cuidaban de las bestias: jamas admitieron el vino que les dábamos: y sospechando yo que aquello fuera hipocresía, y que tal vez se desquitarian despues bebiéndose lo que nos sobraba, que era una buena porcion; tuve cuidado de reconocer la cántara despues que habiamos llegado al convento, y me convení de que no lo habian probado. Se acercaban cuando estábamos comiendo algunos muchachos andrajosos y hambrientos, con la esperanza de que les diéramos algo: les ofrecia con instancia un vaso de vino y jamas conseguí que lo probaran; aunque se les conocia el hambre que tenian, porque devoraban con avidéz todo lo demas que no era vino. No hay duda: los mahometanos nos dan ejemplo de exactitud en el cumplimiento de sus deberes, y si los católicos los imitáramos, seriamos buenos católicos. ¡Qué vergüenza para los que profesamos la verdadera y santa religion de nuestro Señor Jesucristo, que los mahometanos, sectarios de errores tan groseros, nos den que

imitar en materia de exactitud y fidelidad en el cumplimiento de nuestros deberes!

El lunes veintisiete, dije misa en la iglesia dedicada á S. José de Aritmathea, edificada en su misma casa. Salimos de Ramla á las siete de la mañana, y llegamos á Jafa á las diez. Despues de comer nos llevó el padre Guardian al jardín ó huerta, que posee el convento en las orillas de la poblacion. Jafa es fertilisima, y en sus orillas no se ven mas que frondosas y hermosas huertas. Abundan las palmas de dátiles, que como son altas y elegantes, forman una graciosa vista. Hay tambien árboles llamados Sicómoros, de la especie de aquel donde se subió Zaqueo para ver al Salvador. Son muy grandes y parecidos á la higuera: dan una fruta semejante al higo, en figura y sabor. El jardín de los padres es tambien muy bonito: hay una cantidad inmensa de naranjos, limones, palmeras &c., ademas un campo bastante grande dedicado al cultivo de la hortaliza. Hay tambien, cosa muy singular, dos ó tres chirimoyos, traídos de América. Nos volvimos al convento antes que anocheciera, porque esperábamos que el buque ruso, en que debiamos embarcarnos, llegara de una hora á otra.

Martes veintiocho dije la misa en la iglesia dedicada á San Pedro, que está dentro del convento de los padres. Dicho edificio comprende: el convento propiamente dicho, donde habitan los padres, y una casa para huéspedes, dividida en dos departamentos, uno para hombres y otro para mugeres. Está edificado viendo para la bahía, y desde las ventanas se ven las olas del mar estrellarse contra los muchos escollos, que hacen tan peligroso este puerto. Nos divertimos viendo la multitud de pasajeros que se dirigian al interior del país, y que en una especie de plazuela, que está frente al convento, se ocupaban en cargar sus camellos, y disponerse para la marcha. Entre esta multitud habia una familia compuesta del padre, la madre y cuatro niños, dos mugercitas de ocho á diez años, un hombrecito mas chico y otro de pecho. Toda esta familia caminaba en un solo camello. ¿Y cómo? El camello tenia dos cajones grandes, uno á cada lado. En uno de estos iba la madre, sentada con el chiquito en los brazos, y el